

Transgresiones de la sensibilidad

Poco más



o “poco menos”, según se mirase, porque tenía ella, “tengo yo” — decía, siempre a modo de comentario anexo — la sensación de estarse moviendo por uno de esos bordes tan afilados de ciertos conceptos resbaladizos — y, como dijo alguna vez la tía Melinda, *sotto voce* porque “hay ciertas ideas” que, como se barajaban apenas como hipótesis, más valdría que “no les demos más carta de naturaleza” de la que mereciesen y las dejáramos así, en esa especie de letra pequeña que tantísimas veces no se lee —

en los que si no anda uno con cuarenta ojos se termina sin estarlo buscando por perder pie o por facilitar parte de una información confidencial a la que, en su opinión, nada más “se debe dar acceso a los más íntimos” y no al primer extraño que llegara y fuese recibido con los brazos abiertos como quien dice porque alguien “lo presenta con un *somos como hermanos*” para luego terminar resultando que era nada más un compañero de farra que, a la hora de la verdad, se echaba atrás y te dejaba en la estacada porque por una razón o por otra ese día, justo aquel en que lo necesitabas después de haberte quebrado los cascos y hacer un montón de reajustes para adjudicárselo, venía a resultar que tenía otro compromiso y no podía.